

Pero todas estas prendas físicas no valian nada en comparacion de sus prendas morales. Era un hombre embriagado de la idea de Dios. Su alma parecia nota mística destinada á recoger todas las oraciones de la creacion y á expresarlas y repetirlas ante el trono de su Creador en una elevacion constante y en un misticismo perpétuo. Y este misticismo no era vago y abstracto, no, se encarnaba en la realidad viviente por medio de la virtud. Serafin no vivia para sí; vivia para los demás. Pasaba por el mundo como si existiesen solo sus semejantes y no él. Así todas las penas encontraban en su corazon algun consuelo; todas las necesidades algun socorro; todas las desgracias algun refugio. No llevaba nada en sus manos, y con solo abrirlas, parecia que derramaba pródigamente la abundancia de bienes materiales. Y era porque intercedia con el rico para que socorriera al pobre y con el pobre para que orara por el rico. Veíasele ántes que á nadie en la cárcel del preso, á la cabecera del enfermo, junto al lecho del moribundo y al ataúd del muerto. En las lágrimas de los demás se perdía y se anegaba su alma. Cuando no bastaban las obras, socorria con palabra así á los necesitados de bienes materiales como á los necesitados de religiosos consuelos. En aquellos días de guerra no hubo batalla que no le viera entre los combatientes ó para predicar la paz, ó para socorrer á los heridos, ó para enterrar los muertos. De vida purísima ni mancilló su cuerpo con un vicio, ni su alma con un mal pensamiento. La cosecha de espinas que recogen cuantos siembran el bien no fué parte á inspirarle jamás el desaliento que á las almas vulgares inspiran las ingratitudes terribles. Hacia el bien por el bien mismo. Y á ninguno de los que favorecia le alegraba tanto sentir sus favores, como á él mismo dispensarlos. Así pasaba por la vida como si fuese un ángel de los cielos perdido y extraviado en las tortuosidades de la tierra. Y sin embargo, este hombre moralmente tan bueno ¡ah! no creia en la religion que profesaba y cuyo hábito ceñia.

—Hermano Filippo.

Dijo Serafin al ver entrar á Lippi en la sacristía.

—Hermano Serafin.

Respondió Lippi con satisfecha sonrisa.

—¿Tú por aquí?

—Vengo á negocios de mi arte.

Añadió Filippo, como si necesitara explicar de manera plausible su presencia en el convento.

—Sea en buen hora.

—¿Y cómo te encuentras aquí? Serafin.

—Muy sencillamente.

—Alguna obra de caridad te trae.

—Una enferma, cuyo hedor aleja de su cama á todo el mundo.

—Y que tú resistes.....

—No por virtud.....

—Vamos, no debias llamarte Fray Serafin, sino Fray Modesto.

—No, no huelo.

—No huele, dijo un monaguillo que trasteaba por la sacristía, y ha vomitado hasta las tripas.

—Olerás como todo el mundo; pero.....

—Déjate de alabanzas.

Exclamó Serafin interrumpiendo á su amigo, al adivinar su elogio.

—Pero, sobrepondrás tu conciencia á tu olfato, y no olerás á fuerza de imaginar que no debes oler.

—Gracias, Lippi.

—Los ciegos no ven el sol; pero los viciosos vemos la virtud.

—No te echas así al pié de los caballos.

—Si yo pudiera dominarme como te dominas tú.

Y Lippi miraba por todos lados, cual si quisiera entrever alguna persona ó cosa en el convento.

—Mas medios de dominios tienes tú que yo, pues al cabo eres artista, y por consecuencia elegido de Dios.

—¡Serafin!

—Como el Eterno ha puesto el aroma en las flores, el resplandor en las estrellas, el cántico en las aves, ha puesto tambien el estro en los artistas.

—¿No viene?

Murmuraba Lippi, mirando á todas partes.

—¿Por qué tan impaciente?

—Muchacho.

Gritó Filippo, volviéndose al monago.

—¿Qué manda Vuestra paternidad?

—¿Le has dicho á la Piora que estoy aquí?

—No, padre.

—Pues díselo pronto.

—Lo diré al través del torno á la madre portera, para que la madre portera lo diga á la madre Piora. No es fácil llegar hasta su Reverencia.

—Haz con mil diablos lo que quieras y lo que quieras dí; pero sepa yo pronto ó que me reciben con la debida presteza ó que me dan con la puerta en los hocicos.

—Repórtate, Filippo.

—Déjame en paz, Serafin, que á veces pierdo la luz de los ojos.

Y Lippi miraba por todas partes para ver si descubria el anhelado objeto de sus ansias, el asunto de sus ensueños, el blanco de sus deseos; la hermosa jóven á cuyo amor tenia consagrado todo su pensamiento.

—¿Cuánto tarda!



Exclamaba tirando de los cordones de su hábito con fuerza.

—¿Tienes prisa?

—Al contrario, quisiera quedarme aquí toda la vida.

—¿Tanto este monasterio te interesa?

Lippi vió como acababa de traspasar los límites de la prudencia, y volviendo sobre su dicho, lo explicó de manera que á una alma menos cándida que el alma de su interlocutor le sugiriera fundadísimas sospechas.

—Te diré. Amo locamente el arte. Debo, según mis noticias, emprender aquí tantas obras de las cuales aguardo honor y provecho..... Luego en los conventos se encuentran mujeres hermosas cuya figura inspira á los artistas. Así es que en sitio donde recojo gloria y trabajo, me quedaria toda la vida.

—No soy yo artista y gusto de contemplar la hermosura, esa revelacion manifiesta de Dios.

—Justo.

—El Eterno Padre no ha querido revelarse solamente por su palabra, por su Verbo, sino tambien por su obra, por la Naturaleza, y por su emanacion mas verdadera, por el humano espíritu.

—Verdad, verdad, verdad.

—Y el humano espíritu resplandece en el cuerpo humano con un atributo divino, con la hermosura.

—Admirable manifestacion; y por tanto, adorando la hermosura, adoramos á Dios.

—¿No conoces el tesoro mayor de este convento?

—No, no sé de quien hablas.

Respondió Lippi visiblemente turbado.

—De Lucrecia Butti.

La expresion de este nombre afectó tan profundamente á Filippo que hubo de agarrarse al respaldo del sillón cercano para no caerse.

—¿Te pasa algo?

—No me pasa nada.

—¿Te has puesto tan amarillo!

—En el anhelo de venir, descuidé el desayuno.

—Toma algo. Como estoy de enfermero, dispongo de la cocina. Pide.

—No, no quiero nada. Esto se pasa pronto. Decias.....

—Que Lucrecia es un verdadero portento de hermosura.

—¡Oh!

—Y de inteligencia.

—¿De veras?

—Y de corazón.

—Pues desearia verla.

—Páreceme natural tu deseo.

—Los pintores idolatramos la forma bella. Y no la hay en el Universo igual á la mujer.

—Trataré de que la veas.

—¿De veras?

—De veras.

—Solamente Dios puede pagarte esta gracia, porque nuestro oficio de artista se reduce á mirar y admirar en el mundo las criaturas que tienen el divino don de la belleza.

—Filippo, conozco y compadezco tus flaquezas.

—Serafin.

Dijo Filippo con esa conformidad que á las reconvenciones de la virtud prestan hasta los mas descarriados y los mas viciosos.

—Y creo que, en vez de dañarte la contemplacion pura de una belleza casta y buena, te corrige y te eleva.

—Si vieras cuan difícilmente se pierden ciertas mañas, Serafin. No juzgues por tu complexion de las ajenas complexiones, ni por tu conciencia de las conciencias ajenas.

—En verdad te digo que, si contemplas una de estas hermosuras verdaderas, echarás de ver en seguida que la castidad de su vida, la pureza de sus ideas, la elevacion de sus afectos le añaden belleza y le dan esa transparencia del alma serena reflejada en los ojos y en la frente, transparencia que vale por todos los dibujos de las líneas y por todos los matices y todos los arbores del color.

—Puedo asegurarte que, si logro ver á Lucrecia, la contemplaré cual pudiera contemplar una estatua. Pero tus palabras han despertado mi curiosidad y necesito verla.

Al decir estas últimas frases, apareció con la respuesta de la Priora el monago, respuesta que no pudo, á pesar de la garrulería natural en su oficio, dar sin que Filippo le dirigiese mil preguntas.

—¿Has visto á la Abadesa?

—La he visto.

—¿Qué te ha dicho? Pronto.

—Déjeme Vuestra Merced respirar.

—No parece sino que vienes del otro mundo, según lo fatigosa que traes la respiracion y lo cortado el aliento. Despacha.

—Dice la Abadesa.....

—¿Qué dice?

—Que la espere Vuestra Merced; pues viene sin falta.

—Ya la espero.

—Tiene una gran visita.

—¿Qué visita?

—La de un caballero principalísimo.



—¿Principalísimo?  
 —El Señor mas poderoso de los montes Apeninos.  
 —¿Guido Montaperto?  
 Preguntó Filippo con anhelo.  
 —Efectivamente, Montaperto.  
 Contestó el monago con naturalidad.  
 —¡Oh!  
 Y Lippi lanzó un resuello que parecia un rugido.  
 —Muchacho, dame el jarabe bendito que guardas en el armario de la derecha.  
 Dijo Serafin.  
 —Tómelo Vuestra Paternidad.  
 Contestó el muchacho, entregando al fraile inmediatamente la bebida que pedia.  
 —Espérame aquí, Filippo, que en cuanto haya dado este calmante á mi enferma, vuelvo.  
 —Como gustes.  
 Le respondió Filippo distraído.  
 —¿Qué hace aquí ese poderoso señorón?  
 Preguntó Filippo con anhelo al monaguillo, que no pecaba de reservado y silencioso.  
 —¿Qué hace?  
 —Sí.  
 —Para saberlo hay que oír á Sor Berta.  
 —Tú la habrás oído.  
 —Mil veces. Cuando no tiene á quien contar las cosas, se les cuenta á si misma, y habla á solas.  
 —¿Y qué dice?  
 —Dice que viene so pretexto de encargar cuadros, y hacer altares nuevos, y distribuir mandas.....  
 —Todo eso, como tú mismo has dicho, no es mas que un pretexto.  
 —Justamente, so pretexto.....  
 —¿Á qué viene realmente?  
 Gritó Lippi golpeando el suelo con el pié derecho, como si de esta suerte pudiera acelerar la respuesta y detener la impaciencia.  
 —Á ver el verdadero milagro de este convento.  
 —¿Á ver á Lucrecia?  
 Preguntó Lippi con tal vehemencia que casi, casi se ahogaba.  
 —A ver á Lucrecia.  
 —¿Y la vé?  
 —No por cierto.  
 —¿Cómo?

—En cuanto sabe que está en el convento, ó en sus cercanías siquiera, se encierra como una muerta, y no vuelve á salir hasta despues de su partida. Buena es ella. Como que tal proceder es la comidilla diaria en todas las conversaciones conventuales.  
 Filippo, que nunca pecara de disimulado, mostró una alegría tal, despues de las revelaciones del muchacho, que no la echó éste en saco roto, y le dijo:  
 —Paréceme que valen alguna propineja mis noticias.  
 —Pues ya lo creo.  
 Respondió Lippi arrepentido de haber mostrado gozo tan franco que llegara á ser comprendido hasta por un muchacho tan inexperto.  
 —Y que nos encargan el mayor secreto sobre todo.  
 —Lo supongo.  
 —No, que no.  
 —Me has dado la buena noticia de que un Señor tan rico va á encargar muchos cuadros.  
 —Ya se vé. Dice que hará de oro, si es preciso, este Convento.  
 —Para todo tiene.  
 —No se pueden contar sus castillos.  
 —Ni medir sus posesiones.  
 —Y Dios lo ha llamado por ese camino.  
 —Sea en buen hora.  
 —Que Dios prospere sus días.  
 —Amen.  
 —Viene el Padre Serafin.  
 —Pálido y demudado.  
 —Se necesita ser él para hacer lo que hace. Personas robustas han caído mareadas á la puerta de esa enfermería. Tanto valdria encerrarse en la sepultura con un cadáver comido de gusanos.  
 —Es un santo.  
 —Es un ángel.  
 —¿Serafin?  
 Le dijo con acento de profundísimo cariño. Filippo, al verle volver tan fuera de sí, corriendo á sostenerle en sus brazos, pues temia que se cayera al suelo, segun lo vacilante y lo incierto de su andar.  
 —Filippo.  
 —Le contestó Serafin mirándole con verdadero reconocimiento.  
 —¿Te sientes mal?  
 —Cuando uno sale de aquella tumba, trae perdida la cabeza.  
 —Me dicen que pasas tanto tiempo en esa enfermería.....  
 —Es nesesarío, porque solamente yo tengo la fuerza que pide el estado de la enferma.  
 —No vayas á morirte tú por dar vida á los demás.



—Dios me mostraria su predileccion si me concediese morir por el último de mis semejantes.

—No hables, con esa indiferencia de la muerte. Pues yo puedo asegurarte que amo vivamente la vida. Me gustan de ella hasta los dolores.

—Lo comprendo. Vosotros habeis venido aquí á hermoear la tierra y á infundirle el espíritu creador y divino. Dios quiere largo tiempo reteneros para que pulais este bajo mundo y lo compenetreis por todos sus poros de su esencia incommunicable. Aves de otros climas y de otros cielos, volaríais de este nido de barro al éter sin las cadenas de flores que os tienen como ceñidos y sin los sueños de oro que os pintan edenes sobre las impuras y tristes realidades. Encantais, porque antes sois encantados. La vida se aparece á vuestros ojos como una magia continua. Y deseais vivir para crear y vivificar. Ciertamente os conviene y conviene al mundo, porque existencias tan necesarias como las vuestras han de tener muchas inclinaciones á la duracion para que perfeccionen la imperfecta vivienda del humano espíritu, esta árida tierra.

—No puedo, aunque artista, compararme contigo, sublime hacedor de buenas obras, que has hecho de la vida un holocausto continuo. Corazon de indecible ternura, tienes por todos los seres el mismo pródigo cuidado. Te interesa un campo y un alma, la idea que asoma en la conciencia y la semilla que germina en la tierra, la cuna de los niños y el nido de las ave-cillas, la hoja que se cae del árbol y la vida que se desprende del cuerpo, la nieve que cubre la montaña y el sepulcro que guarda los cadáveres, pues, semejante á tu seráfico Padre San Francisco, abrazas en tu caridad todas las cosas creadas de las cuales quisieras borrar los límites que las contienen y las estrechan para convertirlas por un milagro de amor en verdaderamente divinas y purificarlas en las llamas eternas de la incommunicable esencia. Así difundes el bien como difunden los cuerpos luminosos el rayo ó los rayos de su luz. El mundo te ha visto lanzarte á las tormentas del mar, entre los escollos, cuando los marinos mas consumados creian imposible, no ya la victoria, pero ni siquiera el combate, á socorrer á los náufragos y traerlos á la orilla vivos, despues de haber desafiado á la muerte y vencido el furor de las implacables tempestades, como si creyeres que hasta el oleaje férvido y el huracan desatado obedecen dóciles á la buena voluntad de los hombres, en la cual debe haber siempre algo de la eterna voluntad de Dios. Yo te he visto arrancar á los niños, que, ignorantes de los dolores humanos, apenas pueden comprender las penas causadas por sus juegos, el nido robado á la ave-cilla; y devolverlo con lágrimas en los ojos al materno árbol por no poder oír aquellos píos henchidos de ayes que te taladraban las sienes y te rompian el corazon. Y lo mismo que con las ave-cillas procediste con el leproso, en cuyas heridas y llagas posaste los labios como si besaras los pies y las manos de Cristo; y con los huérfanos, en cuya ca-

sa te resignastes á los oficios del padre y de la madre, pidiendo por las noches limosna á los transeuntes para alimentarlos; y con los moribundos, que el terror engendrado por la peste dejaban en el mayor abandono, por tí socorridos en la última agonía, así con palabras de consuelo como con obras de misericordia; y con los muertos, por tí enterrados en medio del asalto de una ciudad, cuando caían los edificios consumidos por las llamas y los combatientes semejabán con su espada tinta en sangre y su tea despidiendo negro humo, furias vomitadas por el infierno para servir á la destruccion universal, mientras tú, ángel del Criador enviado desde los cielos á la tierra para recoger en las benditas alas, invisibles á nuestros ojos de carne, las últimas pavesas de la vida, y el aroma y la esencia de las almas.

—¡Filippo!

—¡Serafin!

—Te expresas respecto á mí con la vehemencia natural á los artistas.

—Pálidas creo mis palabras en comparacion de tus méritos.

—Hermano mio.

—Sí, hermano del alma.

—¿No comprendes el móvil que impulsa todos estos hechos?

—No, no lo comprendo.

—Pues no creas que es la virtud.

—¿Pues qué es?

—El remordimiento.

—Mayor mérito entonces, si haces tanto bien á todos; no por tus inclinaciones naturales, sino violentándolas y combatiéndolas.

—Aquí estamos solos.

—Enteramente solos, pues hasta el monaguillo, despues de haberme arrancado una moneda en pago de sus chismes, se ha ido sin duda alguna á jugársela con los chiquillos de la calle.

—Y podemos confesarnos uno á otro, como hacian los primeros cristianos.

—Podemos si te place.

—Pues bien, escúchame.

—Habla, te oigo.

—Escúchame y comprenderás todas mis penas.

—Habla, te digo.

—Entré en la religion del Padre San Francisco, mi seráfico maestro, con voluntad irrevocable y vocacion ineludible.

—Ni mas ni menos que yo, hermano mio, que entré en la Orden del Carmen con tanto gusto como si me arrancaran las muelas.

—En mi anhelo por una vida superior á la vida vulgar, miré en el convento un refugio seguro para esta alma que no queria posarse en el mundo; y parecióme necesario tener por esposa á la Iglesia, por hijos á los hom-